Yacimientos al aire libre

Las prospecciones al aire libre realizadas han proporcionado una amplia colección de restos arqueológicos formada en exclusiva por industrias líticas. El número total recuperado asciende a 584 piezas, que se reparten irregularmente entre unos pocos yacimientos con varias decenas de piezas, localizaciones sueltas y una importante serie de más de 400 elementos. Los yacimientos con más representación en la secuencia son: Areniscas (446, 69,6%), Parcela Gravas (51, 7,9%), Terraza Allende (45, 7,2%) y Ligüérzana (42, 6,5%), que en conjunto suman más del 90% del total (Fig. 6).

El análisis individualizado de las series líticas de los yacimientos descritos revela una evidente homogeneidad tecnocultural que, además, se extiende por un espa-



Fig. 6. Perspectiva general de localización del yacimiento de Areniscas (al fondo Ligüérzana, el río Pisuerga y Cueva Allende) (arriba). En la parte inferior, tres detalles con la distribución de diferentes piezas líticas en superficie.

cio geográfico relativamente reducido y cercano, por ello al realizar el estudio tecnotipológico hemos optado por una caracterización unificada de todas las series[14]. Se trata, por tanto, de un repertorio total de 584 piezas repartidas en los siguientes grupos técnicos: 404 lascas simples (69,2%), 2 láminas (0,3%), 50 núcleos (8,6%), 45 útiles (7,7%) y 83 otros (14,2%). La materia prima utilizada para fabricar estas piezas fue mayoritariamente la cuarcita (94,69%) procedente de los cantos rodados de río, seguida del sílex (2,57%) y otras rocas testimoniales (1,37%).

El estado de conservación de las series es variado, pues la gran mayoría ha sufrido alteración por desplazamiento que ha hecho que sus aristas se hayan ido redondeado, bien de forma leve (49,32%), con una intensidad media (20,03%) o con intensidad alta (8,39%), mientras que el restante 22,26% presenta unas aristas muy vivas.

Tecnológicamente, las lascas proceden de una talla interna por lo que no conservan restos de corteza del canto del que fueron extraídas (86,63%), presentando las demás piezas restos de corteza en mayor o menor medida. Los núcleos de los que se extrajeron estos productos de talla desarrollan fundamentalmente tres tipos de esquemas operativos: de talla unidireccional (32,5%), de carácter centrípeto (64,71%) y bifacial (2,94%).

Por último, el grupo de útiles está formado por 45 piezas, de las cuales 44 forman parte de la lista normativa de Bordes[15], presentando una escasa variabilidad tipológica. Las piezas sobre lasca están dominadas por los elementos escotados, muescas y denticulados (48,9%). Los acompañan las raederas (8,9%), cuchillos de dorso natural (2,2%), raclettes (4,4%) y raspadores (2,2%). Por otro lado, existe un significativo grupo de piezas macrolíticas con hendedores (17,8%), tipológicamente bastante simples; además de cantos tallados (8,9%), bifaces (4,4%) y rabots (4,4%). Todas estas series, valoradas conjuntamente según la caracterización tecno-tipológica descrita, pueden ser asignadas a un mismo momento crono-cultural, compatible con un genérico Paleolítico antiguo.

Mención aparte merece la zona de terrazas aluviales de Salinas de Pisuerga, donde se han documentado los depósitos de uno de los cortes estratigráficos y el terreno superficial colindante (Fig. 7). Tras los trabajos geoarqueológicos en los depósitos de los perfiles estratigráficos se ha reconocido una serie de elementos líticos paleolíticos compuesta por 21 piezas, todas ellas realizadas sobre soportes de cuarcita. El grado de desgaste de sus aristas o rodamiento es muy variable, aunque las levemente rodadas (R1) son mayoría con 9 ejemplares, le siguen las

(14) Cañete *et al*., 2023.
(15) Bordes, 1950.

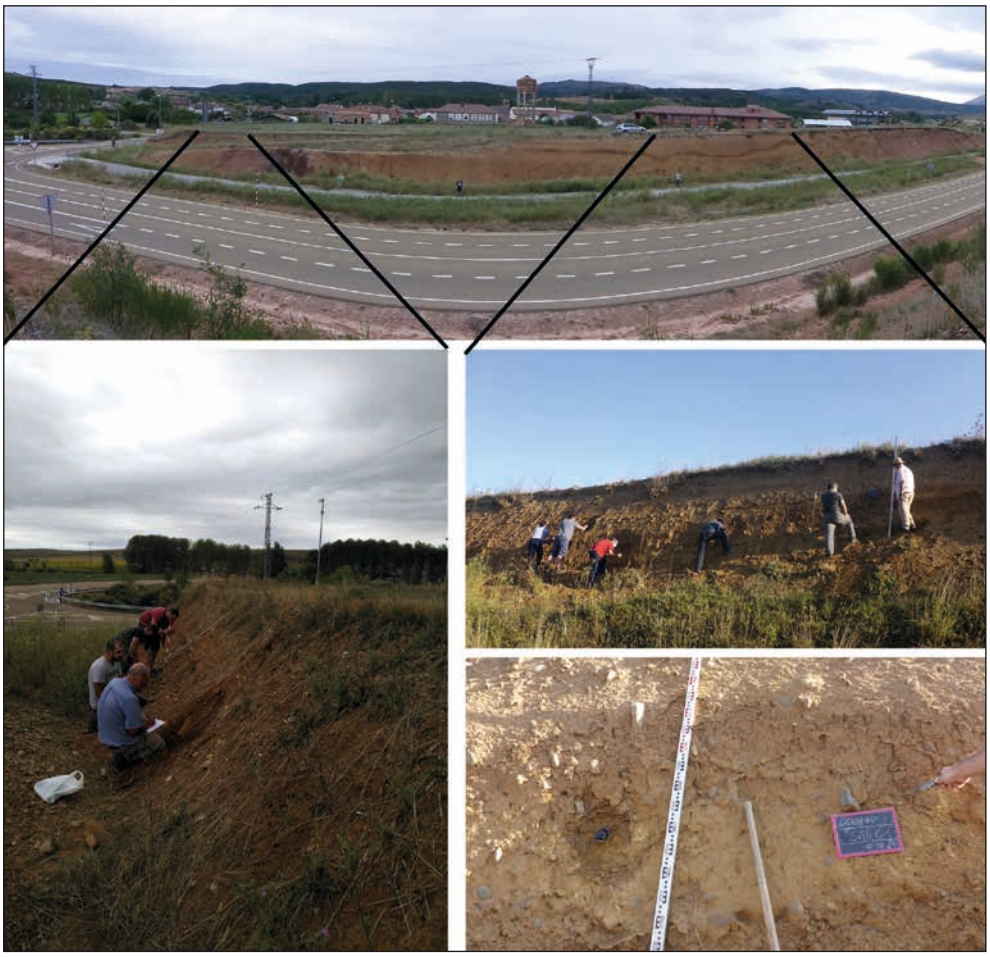


Fig. 7. Terraza Salinas. Vista panorámica del perfil estratigráfico estudiado (arriba); estudio y caracterización del tramo este del perfil (abajo a la izquierda); recogida de industria lítica y toma de muestras para datación OSL (abajo a la derecha).

medianamente rodadas (R2) con 6 piezas y las exentas de rodamiento (R0) con 4, además de otras 2 muy rodadas (R3). El grupo tecnológico predominante son los productos de talla con 19 lascas, mayoritariamente con restos de corteza, de las cuales 3 fueron convertidas en útiles. De ellos, dos son raederas, una simple, a la que acompaña otro borde con retoque abrupto, y otra sobre cara plana, así como un raspador atípico. Por su parte, los elementos nodulares son un núcleo simple de tipo canto tallado de filo unifacial, aunque con una arista no muy bien definida, y un resto nucleiforme.

Pero el conjunto más numeroso e interesante se ha recogido en un área superficial próxima al corte, donde se ha documentado la existencia de un yacimiento de Paleolítico inferior con la presencia de piezas macrolíticas bifaciales. Contamos con una considerable serie de elementos líticos compuesta por 119 piezas, entre las que solamente hay una de sílex, mientras que el resto son de cuarcita.

La gran mayoría de ellos se encuentran afectados por un considerable desgaste de sus aristas (66,2%), incluso en algunas ocasiones casi irreconocibles como talladas (10,1%). Completa el total un pequeño grupo de piezas poco rodadas (12,6%) o exentas de rodamiento (15,1%).

Por grupos técnicos se diferencian 29 núcleos (24,4%), 48 lascas simples (40,3%) y 42 útiles (35,3%), una serie muy poco equilibrada, si bien parece que la cadena operativa estaba muy dirigida a la consecución de grandes lascas para convertirlas en macroútiles, de hecho, casi el 42% de ellas se convirtieron en elementos macrolíticos bifaciales (Fig. 8).

Existen 29 núcleos, mayoritariamente simples (55,2%) con pocas extracciones, pero amplias y en bastantes ocasiones con 2 planos de lascado distintos, apoyando las segundas extracciones sobre las primeras. También están bien representados los núcleos centrípetos con 7 ejemplares, siempre con preparación periférica parcial; y en menor medida los núcleos bifaciales con 3 elementos. Completan la serie uno poliédrico, uno sobre lasca y otro de tipo esferoide.

En cuanto a los útiles, lo primero a destacar es la importancia del grupo macrolítico bifacial (52,4%), en el que encontramos las piezas de mayores dimensiones de la serie recogida con longitudes máximas que rondan los 20 cm. Está dominado claramente por los hendedores con 11 ejemplares, mayoritariamente de Tipo 0. Les siguen los triedros con 9 ejemplares, casi todos sobre canto, que suelen presentar grandes extracciones y algunas retallas, mostrando uno de ellos claros retoques en una punta alargada y estrecha. Tan solo se han recogido dos bifaces, ambos de morfología amigdaloide, sobre cantos de mediano tamaño (10 cm aprox.), y con retalla amplia que define sobradamente las siluetas bilaterales y bifaciales.

Entre los útiles sobre lasca predominan las raederas con 9 ejemplares, destacando las 6 sobre cara plana, 2 simples y 1 transversal, todas con retoque simple, amplio y escamoso. Les siguen en importancia las muescas con 5 piezas, de factura simple sin apenas retoque, tan solo en un caso, y una además sobre una lasca de tipo levallois. A ellas se unen como útil escotado los 3 denticulados de factura simple, aunque uno se realizó sobre lasca kombewa. Completan la serie 2 raspadores atípicos y un diverso que presenta también morfología de gran raspador, pero cuyo fuerte rodamiento impide ver de forma clara sus características definitorias.

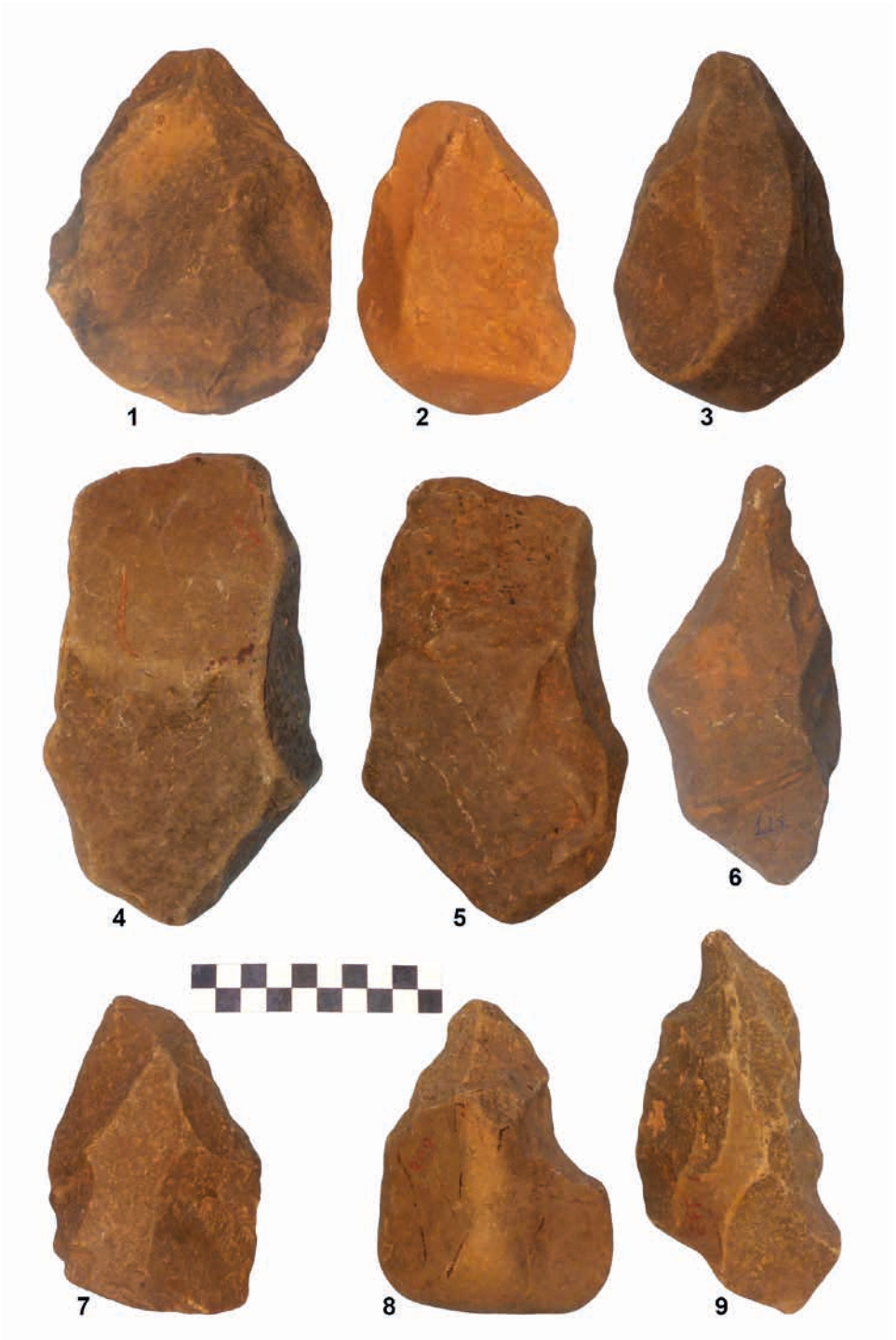


Fig. 8. Industria lítica del yacimiento achelense situado en la superficie de Terraza Salinas: bifaces (1 a 3); hendedores (4 a 6); y triedros (7 a 9).



Fig. 15. Ejemplos de cerámicas a mano y a torno, con y sin decoración, recogidas entre los sedimentos descontextualizados del sondeo exterior en Cueva Peña de Mudá 1.

ten 42 fragmentos de galbo muy variados en todos los aspectos, con ejemplos de cocción oxidante, reductora y mixta; paredes finas y gruesas, etc.

Grupo b) Cerámica protohistórica a torno (25). 22 fragmentos de galbo y 1 borde con decoración pintada en tonos rojos salvo una que es negra, siempre con paredes muy finas. Otros dos fragmentos de galbo con decoración impresa e incisa.

Grupo c) Cerámica a torno moderna. 162 fragmentos cerámicos de diferentes épocas, pero mayoritariamente modernas, alguna posiblemente medieval, ladrillos, tejas, etc. Entre ellas se distinguen algunos bordes y bases, pero en la mayoría de los casos son galbos, con colores de la pasta muy dispares y sin decoración.

Grupo d) Cerámica a torno vidriada (de tipo medieval). 1 fragmento de vaso con cuello estrecho vidriado en el exterior de color amarillo-verdoso.

Cueva Allende

Cueva Allende se localiza en las estribaciones de la comarca de la Montaña Palentina, en una zona montañosa formada por materiales paleozoicos activados tectónicamente durante la orogenia alpina, en la localidad de Ligüérzana, dentro del término municipal de Cervera de Pisuerga (Fig. 16).

El desarrollo espeleológico de la cavidad presenta un dispositivo organizado en tres niveles: a) un nivel superior con escaso funcionamiento hídrico; b) un nivel medio con fases ocasionales de funcionamiento hidrológico, donde se localiza el yacimiento arqueológico; c) y un nivel inferior que actualmente es el que presenta una mayor actividad hídrica.

En cualquier caso, la exploración subterránea interior de la cavidad aún no ha finalizado, habiéndose explorado hasta el momento un total de 437 m entre todos los niveles descritos e incorporando los recorridos de Allende II y III. En general presentan un formato de galerías semilaberínticas estrechas y medianas. En términos de desnivel, la cavidad presenta una diferencia de ±19 m, siendo el punto más bajo de -11 m y el punto más alto de +8 m con respecto a la cota de referencia en la entrada (Fig. 17).

Como ya se ha relatado más arriba, en Cueva Allende se vienen realizando trabajos de excavación arqueológica desde el año 2021, en una zona próxima a la entrada a la que hemos denominado Sala de las Cúpulas. En este lugar se han abierto unos 20 m^2 de superficie a una profundidad media de unos 0,8 m, que han proporcionado una gran cantidad de restos arqueológicos e información diversa sobre la formación de sus depósitos.



Fig. 16. Localización de Cueva Allende en el entorno de la localidad de Ligüérzana (arriba) y vista panorámica de su entrada desde el norte (abajo).

El análisis geoarqueológico de detalle de los distintos perfiles permite sintetizar una estratigrafía modelo en la que podemos diferenciar 6 unidades geoarqueológicas que, de arriba abajo, son las siguientes (Fig. 18):

- UGA 0 (10 a 20 cm). Depósito de matriz arenosa con algo de finos y estructura masiva, de color gris oscuro, con clastos centimétricos dispersos y presencia de abundantes raíces. Contiene, además de material arqueológico de distintos periodos prehistóricos, restos de basura recientes, por lo que constituye un *removido* subactual.

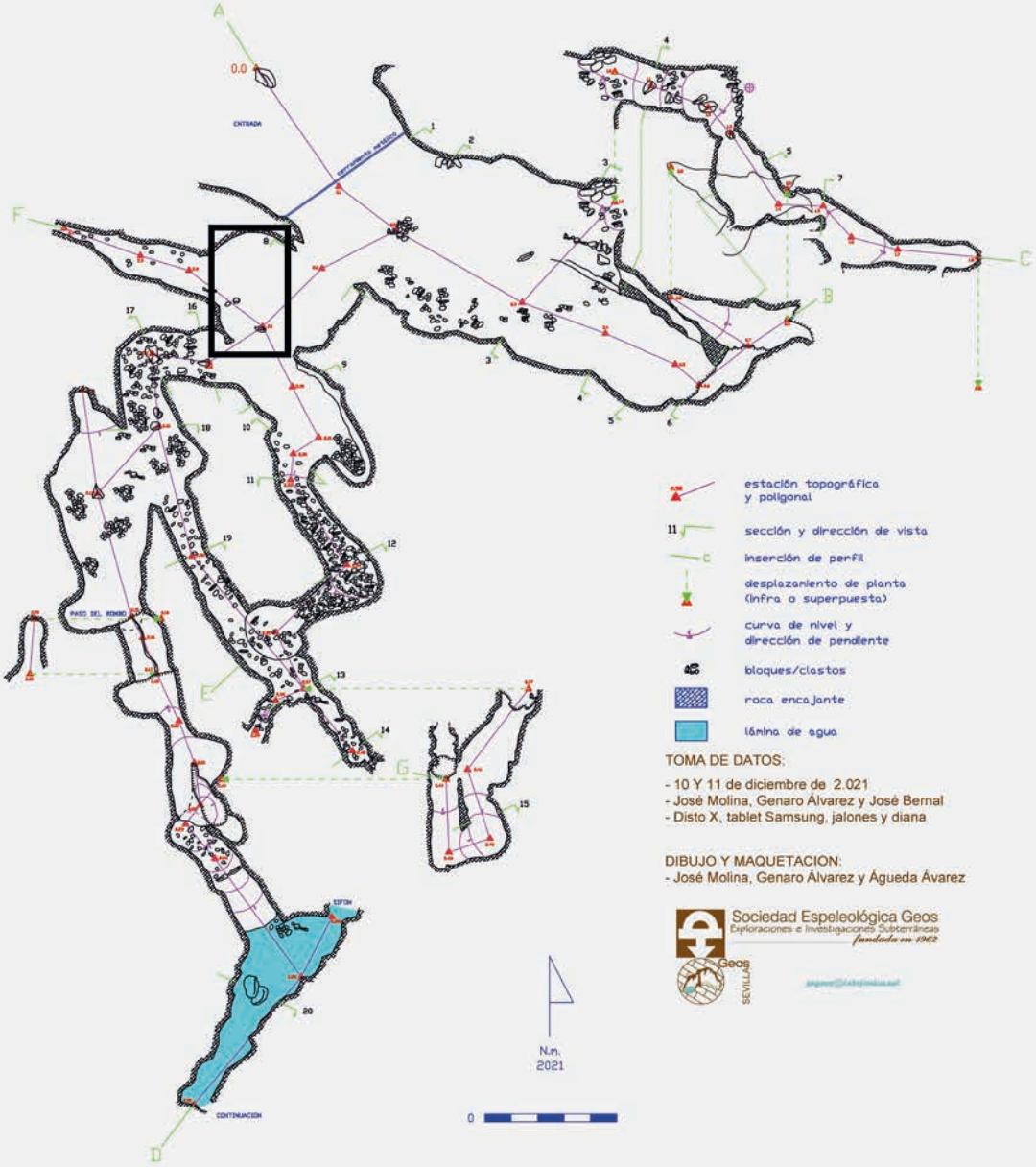


Fig. 17. Planta del recorrido interno de Cueva Allende a fecha de 2021, con localización de estaciones topográficas, y de la zona de excavación (rectángulo negro).

elevaba sobre él mediante una singular estructura pentagonal presidida por una imagen de la Virgen con el Niño y acompañada por escenas de la infancia de Cristo.

En cierto modo, Santa María de Mave conserva el instante en el que el viejo frontal románico comenzaba a transformarse en el gran retablo que terminaría dominando las iglesias bajomedievales y modernas. Se trata de un ejemplo excepcional dentro de la Montaña Palentina, ya que permite comprender cómo debieron ser aquellos frontales medievales y observar la temprana aparición de un retablo a finales del siglo XIII, mucho antes de que estas estructuras comenzaran a generalizarse en la comarca, ya a comienzos del siglo XVI, precisamente cuando las pinturas del Maestro de San Felices acababan de ser ejecutadas.

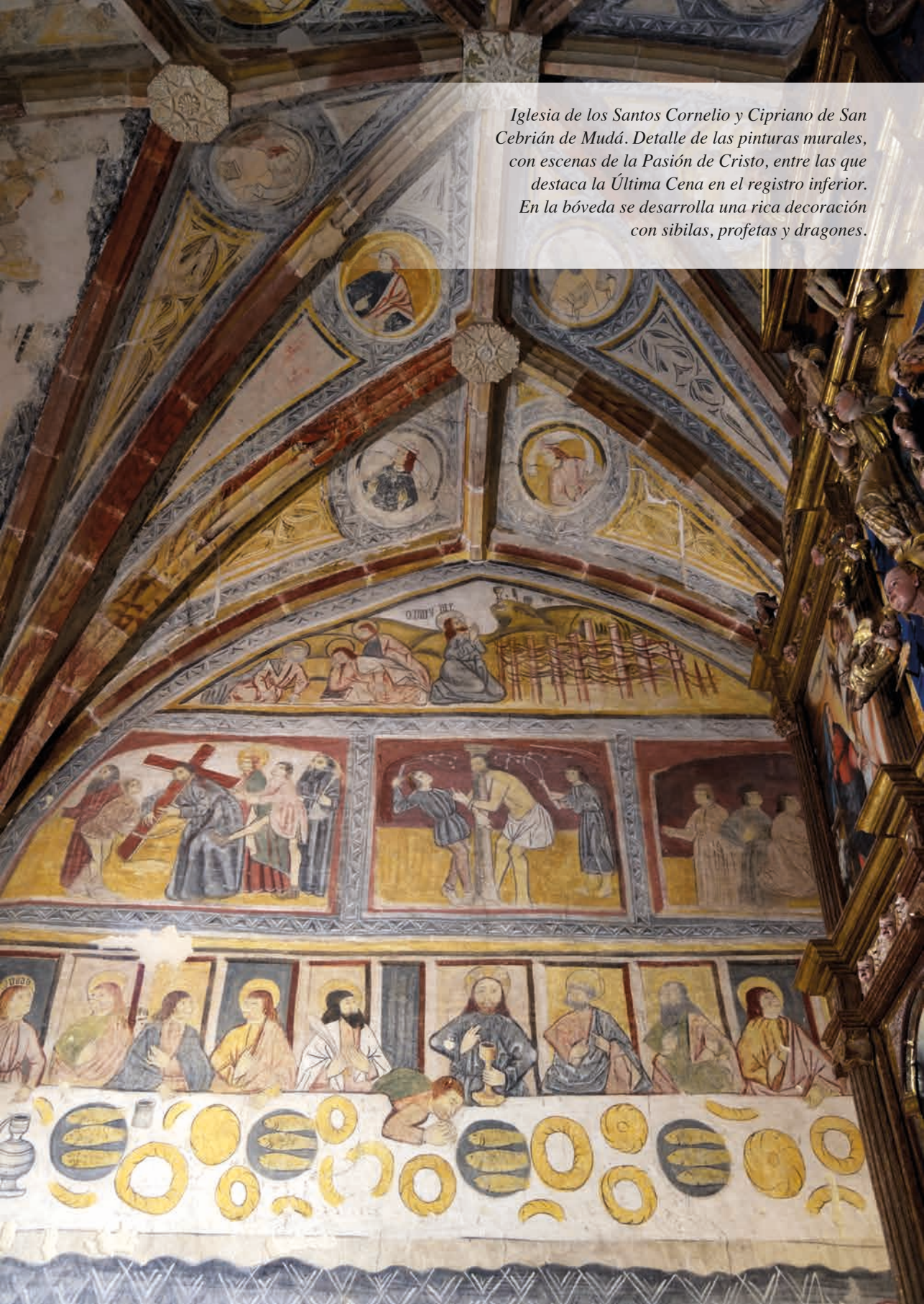
EL DENOMINADO MAESTRO DE SAN FELICES: UN MOMENTO DE TRANSICIÓN

Ahora vamos a centrarnos en este taller que, de manera genérica y simplificada —como indicábamos antes—, conocemos como taller del Maestro de San Felices. Nos interesa especialmente como figura de transición entre dos formas distintas de entender la decoración interior de las iglesias. Por un lado, todavía es heredero de la tradición medieval de los ciclos pictóricos narrativos, una fórmula cuyas raíces se hunden en el románico y en el primer gótico; por otro, se desarrolla en un momento en el que comenzaban a imponerse el retablo y una nueva organización de las imágenes en el espacio litúrgico.

Precisamente en esta dualidad reside gran parte del interés de estos conjuntos. El Maestro de San Felices continúa utilizando la pintura mural como principal recurso decorativo, pero al mismo tiempo asume algunas de las novedades de su época. Así, la compartimentación de las escenas, la disposición de ciertas composiciones y la manera de ordenar visualmente los programas pictóricos parecen inspirarse ya en estructuras próximas al formato del retablo. Nos encontramos, por tanto, ante un taller que trabaja en torno al año 1500 y que pertenece simultáneamente a dos mundos distintos. Sus pinturas representan, en cierto modo, el último gran momento de la tradición mural medieval, pero también anuncian ya las nuevas formas visuales que dominarán los templos durante la Edad Moderna.

El taller y su ámbito de actuación

En la actualidad conservamos trece conjuntos pictóricos que pueden asociarse a esta escuela, nueve de ellos en la provincia de Palencia y tres en Cantabria. A estos se suma otro en territorio burgalés, en concreto en la iglesia de la Purificación



Iglesia de los Santos Cornelio y Cipriano de San Cebrián de Mudá. Detalle de las pinturas murales, con escenas de la Pasión de Cristo, entre las que destaca la Última Cena en el registro inferior. En la bóveda se desarrolla una rica decoración con sibilas, profetas y dragones.

de Nuestra Señora, en el despoblado de Puentes de Amaya. No nos detendremos en este último conjunto, ya que apenas conserva algunos motivos decorativos y el edificio, al igual que el propio núcleo despoblado, presenta un avanzado estado de destrucción. Las pinturas se concentran en un territorio relativamente reducido, situado en las actuales comarcas de la Montaña Palentina y Campoo, un espacio históricamente muy conectado tanto desde el punto de vista económico como cultural. Desde el punto de vista administrativo, el ámbito de actuación del taller, al abrigo de la sierra de Peña Labra, se corresponde en buena medida con los territorios de la antigua Merindad de la Pernía y la Merindad de Aguilar de Campoo, esta última dividida en 1465 por Enrique IV en dos demarcaciones: la Merindad de Aguilar y la Merindad de Campoo, con capital en Reinosa.

La notable concentración de conjuntos en torno a Aguilar de Campoo ha llevado tradicionalmente a plantear la posibilidad de que la escuela tuviese allí uno de sus principales focos de actividad, aunque no conservamos documentación que permita afirmarlo con certeza. En todo caso, la distribución de las pinturas evidencia la existencia de un taller itinerante que trabajaría recorriendo pequeñas parroquias de este territorio montañoso, adaptándose a las necesidades decorativas de cada templo. La principal referencia cronológica para el conjunto la aporta una inscripción conservada en una de las pinturas, donde se indica que fue realizada en 1484. A partir de esta fecha, su desarrollo suele situarse en un periodo relativamente breve, aproximadamente entre 1480 y 1495.

Técnica y proceso de ejecución

La más famosa técnica decorativa de las iglesias medievales es la del fresco o buen fresco, consistente en la aplicación de los pigmentos sobre un enlucido todavía húmedo, de manera que el color quedaba integrado químicamente en el muro al secarse la cal. Sin embargo, no es la técnica utilizada por el Maestro de San Felices, cuyas pinturas fueron realizadas mediante fresco seco o pintura a la cal, un procedimiento más sencillo y flexible en el que los pigmentos minerales se aplicaban sobre un enlucido ya seco utilizando como aglutinante agua de cal y, en ocasiones, colas orgánicas como yema de huevo o caseína. A diferencia del buen fresco, el color quedaba adherido de manera más superficial, lo que facilitaba la ejecución y abarataba el proceso, aunque hacía las pinturas más frágiles y vulnerables al paso del tiempo.

Dadas las características humildes de la mayor parte de los encargos, predominan los colores más fáciles de obtener y de menor coste, sobre todo el blanco procedente de la calcita, el negro derivado del carbón vegetal, los rojos obteni-



Iglesia de Santa María la Real de Valberzoso. Detalle de la escena de Cristo camino del Calvario, donde un sayón golpea con el pie a Jesús, un gesto anecdótico que acercaba la escena sagrada al imaginario popular.

dos mediante óxidos de hierro y diferentes tonalidades ocres de carácter terroso. Aunque en muchos casos estos colores se emplean de manera pura, también podían mezclarse entre sí para conseguir variaciones cromáticas suficientes para dotar de cierto dinamismo visual a las composiciones.

En relación con el proceso pictórico, no parece existir un sistema de trabajo del todo uniforme, ya que se observan diferencias apreciables tanto en la preparación de los muros como en la calidad final de las pinturas. Una vez acondicionado el soporte, el taller no utiliza habitualmente procedimientos previos de marcado, como el estarcido frecuente en otros conjuntos murales, sino que el dibujo parece trasladarse directamente sobre el muro mediante un trazo rápido. Esto explica que en ocasiones puedan apreciarse arrepentimientos, correcciones o modificaciones realizadas durante la ejecución de las escenas.

El dibujo se construía fundamentalmente a partir de un perfilado negro muy marcado que delimitaba las figuras y organizaba la composición. Después se procedía a la aplicación del color, proceso en el que se percibe con mayor claridad la participación de diferentes manos dentro del taller. En algunos conjuntos los fondos



Ermita de Nuestra Señora de la Asunción de San Felices de Castillería. Detalle de la escena de la Anunciación, donde se aprecia la importancia del dibujo, el perfilado negro de las figuras y el carácter directo y expresivo propio del taller.



Ermita de la Virgen del Valle de Vallespinoso de Cervera. Detalle de la escena de los Desposorios de la Virgen, en la que destaca una paleta de tonos ocres, rojizos y blancos que anima las figuras y las recorta sobre el fondo oscuro.

suerga en uno de los ejemplos más claros para comprender cómo el retablo acabó desplazando a la pintura mural medieval en el interior de las iglesias.

LA PINTURA MURAL Y LA DECORACIÓN INTERIOR DESPUÉS DEL MAESTRO DE SAN FELICES

El Maestro de San Felices culmina una tradición mural todavía heredera del gusto medieval. Sin embargo, a partir del siglo XVI se impone una nueva sensibilidad artística: el Renacimiento y, más tarde, el Barroco transformarán la imagen interior de los templos, introduciendo otros criterios espaciales, compositivos y devocionales.

La pintura mural no desapareció, pero sí empezó a evolucionar hacia otros modelos estilísticos. Las obras adquirieron una mayor preocupación por la perspectiva y la arquitectura, las figuras comenzaron a vestir según las modas contemporáneas y las escenas fueron abandonando el carácter lineal y esquemático propio del gótico.

Nuevas sensibilidades en la pintura mural

Ermita de San Roque de Celada de Roblecedo

Se alza aproximadamente a un kilómetro del caserío de Celada, a mitad de camino entre esta población y las de Herreruela y San Felices de Castillería, en pleno valle y junto al arroyo de Patas. Es una modesta construcción de una única nave rectangular y cabecera cuadrada, levantada probablemente a comienzos del siglo XVI. Todo parece indicar que las pinturas murales fueron realizadas en el mismo momento de construcción del edificio.

El conjunto resulta muy interesante porque permite comprender cómo, en apenas unas décadas, la pintura mural de la zona cambia profundamente respecto al lenguaje desarrollado por el Maestro de San Felices. Aquí ya no nos encontramos ante un estilo tardogótico de raíz medieval, sino ante unas pinturas claramente vinculadas a las nuevas sensibilidades renacentistas. La influencia del primer Renacimiento resulta visible en la organización de las escenas, en el uso de arquitecturas y perspectivas, en los elementos decorativos e incluso en la indumentaria de los personajes.

Sin embargo, lo verdaderamente interesante es comprobar cómo, a pesar de ese nuevo lenguaje artístico, todavía se mantiene una concepción similar a la que observábamos en nuestro maestro. Las escenas continúan organizándose mediante espacios bien delimitados por arquitecturas pintadas, como si se tratase



Ermita de San Roque de Celada de Roblecedo. Vista general de la cabecera, donde las escenas se organizan en compartimentos separados por arquitecturas fingidas. El lenguaje es ya plenamente renacentista y la disposición de las pinturas recuerda, en cierta medida, a la de un retablo pintado.



A la izquierda, detalle del muro norte, con una escena de interior doméstico en la que un personaje barbado aparece sentado a la mesa mientras un criado se aproxima con una jarra. Destacan algunos detalles cotidianos, como el perro que roba pan de la mesa. En el centro, detalle de la escena de Santiago Matamoros, representado a caballo en plena acción, una iconografía de raíz medieval que continuó gozando de gran difusión durante la Edad Moderna. A la derecha, representación de un obispo con mitra, báculo y una iglesia en la mano. Aunque la inscripción asociada presenta una lectura dudosa, sus atributos iconográficos permiten plantear una posible identificación con San Agustín.

Pino de Viuderna, Respenda de la Peña, Riosmenudos de la Peña, Santibáñez de la Peña, Tarilonte de la Peña, Vega de Riacos, Velilla de Tarilonte, Viuderna de la Peña, Villafría de la Peña, Villalbeto de la Peña, Villanueva de Abajo, Villanueva de Arriba, Villaoliva de la Peña y Villaverde de la Peña.

LOS PENDONES DE *LOS 24 DE LA PEÑA*

La Real Academia Española define el *pendón* como una bandera más larga que ancha que servía como insignia militar, regional o incluso familiar. Aunque su origen en nuestra comarca no está del todo claro, sí sabemos que llevan siglos acompañando a los concejos como símbolo de identidad y unión.

No contamos con documentación que indique exactamente cuándo empezaron a usarse, pero la consulta de numerosos libros de cuentas de las parroquias sugiere que, con el tiempo, muchos de estos pendones —a menudo, comúnmente llamados también *concejiles*— se trasladaron a las iglesias por motivos prácticos. Por un lado, su tamaño hacía necesario un lugar amplio para guardarlos montados en sus varas, y los templos ofrecían ese espacio; por otro, al ser el emblema del propio pueblo, su presencia en las celebraciones religiosas reforzaba esa idea de representación y pertenencia.

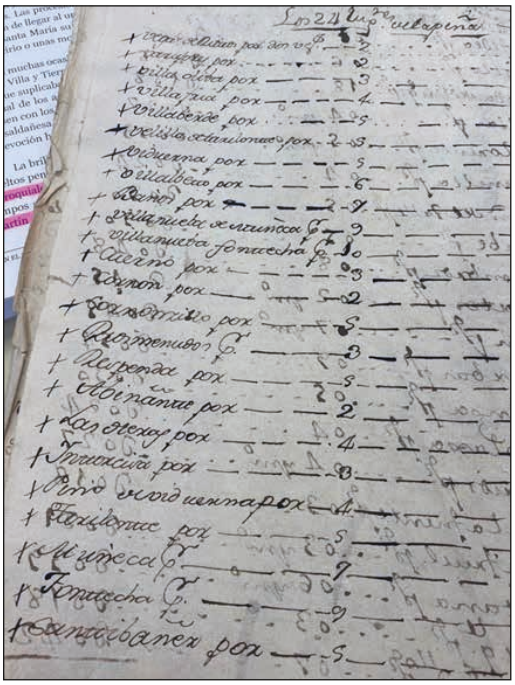
Al integrarse en la vida litúrgica, su mantenimiento —ya fuese la confección de un nuevo pendón o las reparaciones del antiguo— solía repartirse entre el concejo y la iglesia. Con el paso del tiempo, también se añadieron elementos nuevos, como cruces en la parte superior de las varas o la aparición de pendones específicos para las ceremonias de difuntos.

Al formar parte de la identidad colectiva de la comunidad, estos pendones no permanecían únicamente como objetos simbólicos, sino que acompañaban a los vecinos en numerosos momentos de la vida pública y religiosa. Su presencia era habitual en romerías y peregrinaciones, donde encabezaban las comitivas del pueblo, así como en rogativas y procesiones organizadas para pedir protección o abundancia. Del mismo modo, durante las fiestas patronales recorrían las calles junto a la imagen del santo titular, reforzando el sentimiento de pertenencia y representación. De este modo, los pendones se convirtieron en un símbolo vivo de la comunidad, presente tanto en las celebraciones festivas como en las manifestaciones de devoción colectiva[1].

Para comprender mejor su historia, el primer paso fue recopilar información. La fuente principal han sido los libros de cuentas de fábrica de los pueblos que

(1) AHMS: Archivo Histórico Municipal de Saldaña.

formaron el Concejo de *Los 24 de La Peña*. En esos libros se registraban gastos parroquiales e inventarios de bienes, y gracias a ellos pudimos reconstruir parte de la trayectoria de cada pendón y observar detalles muy reveladores: variaciones en los nombres empleados, arreglos realizados para reutilizar tejidos antiguos y diferencias en las descripciones según la zona.



Listado de los pueblos que componen 'Los 24 de la Peña' (Fotografía de la autora. AHMS).

En estos documentos aparecen diversos términos que a veces se usan como sinónimos de pendón: *estandarte*, *estandartillo*, *bandera*, *guion*, *guioncillo*, *guioncito*, *pendoneta* o *pendonilla*. Sin embargo, en ciertos casos se trata de objetos distintos. Los estandartes solían tener forma rectangular; los guiones eran más pequeños y triangulares; y las pendonetas eran como un pendón, pero de menor tamaño. Estas diferencias pueden deducirse por la cantidad de tela comprada o por las anotaciones de los materiales utilizados. Por ejemplo, si aparece mencionada una imagen o estampa, probablemente se trate de un estandarte; si se habla de entrelienzos, bandas o galones, podría ser un pendón. Por ello, cada referencia requiere una lectura cuidadosa para identificar a qué pieza se refiere exactamente.

Aunque en los pendones de la provincia se utilizan diferentes colores, siempre predomina el rojo, que es citado como encarnado, carmesí o colorado. El verde aparece documentado desde principios del siglo XVII en ciertas ocasiones, como es el caso de Riosmenudos en 1651. También es habitual encontrar pendones donde se mezclan estos dos colores. Menos usados fueron el azul y el blanco, aunque de estos colores también se encuentran menciones en Velilla de Tarilonte en 1700 y en Villaverde en 1707.

Además, en algunas ocasiones se referencia también el tipo de tejido utilizado en la compostura de los pendones. A este respecto, hay que observar las fechas en las que aparecen dichas citas, ya que los textiles han cambiado mucho

a lo largo del tiempo y en diversas ocasiones, aunque el nombre se mantiene, el tejido no es el mismo. El material más utilizado fue el damasco, y más concretamente el denominado *de granadas* o *de Granada*. Este textil posee elementos decorativos vegetales y florales y tiene como elemento principal y característico dos flores de adormidera, que se asimilan a la forma de una granada, de ahí su nombre coloquial. Otro material empleado, pero en menor medida, fue el tafetán. También aparecen referenciados otros datos destacables, como un pendón pequeño de lienzo de Pino de Viduerna en 1607, o un pendón de telilla morisca de Baños de la Peña, en 1709. Los pendones negros o de difuntos, normalmente estaban realizados con el mismo tipo de damasco o en lanilla de color negro. Asimismo, otro elemento importante de los pendones eran los cordones o remos; en comparación con la tela o los enrejados y flecos, los cordones eran una parte bastante costosa económicamente.

Otro tema que resulta interesante es el número de lienzos de los pendones. No se ha encontrado ninguna referencia que explique la variación en este número, pero se observa que es una cantidad variable siendo los de 3, 4, 5 o 6 bandas los más repetidos. No obstante, encontramos pendones de solo dos paños, como es el caso de Respenda de la Peña en su inventario de 1793.

Igualmente, aparecen algunos datos sobre las maderas con las que se construían las varas de los pendones, aunque la mayoría de las referencias tan solo mencionan que esas varas, astas o astiles eran de madera, sin más especificación. Las maderas más comunes fueron las de álamo y pino.

Los materiales de compostura de las cruces son más difíciles de averiguar, ya que en casi todas las referencias aparece simplemente mencionado el material genérico, ya sea madera o metal; en algunos casos excepcionales se describe quién fabrica esas cruces y qué material utiliza, siendo lo más habitual el latón, el bronce y la madera sobredorada.

La información recabada permite, a su vez, localizar algunas de las poblaciones y de los profesionales a los que acudían los pueblos de La Peña para arreglar sus piezas deterioradas o para encargar otras nuevas. Así, aparecen referencias al bordador Luis de Quijano, de Aguilar de Campoo, al que acuden los vecinos de Villalbeto y Fontecha en 1626 y 1631, respectivamente; a Pedro dela Madrid, también de Aguilar, al que el pueblo de Respenda le encarga un nuevo estandarte en 1685; a Andrés Miranda, vecino de Rioseco al que Villanueva de Arriba encarga la compostura de su pendón en 1699; o a la ciudad de León, donde se trasladan los de Fontecha, también en 1699, para la compra de un nuevo estandarte por un importe de 1177 reales. Para ciertos elementos más básicos, como las varas, los pueblos de La Peña podían abastecerse en un



El uso de los pendones fue habitual en romerías, peregrinaciones, rogativas, procesiones o fiestas patronales, como elemento representativo de la comunidad que reforzaba el sentimiento de pertenencia. En la imagen, una procesión con numerosos pendones celebrada en Castrejón de la Peña en los años treinta del siglo pasado (Archivo de Aruz Ediciones).

mercado más local, apareciendo referenciado en este aspecto en concreto el pueblo de Colmenares.

En cuanto al ámbito cronológico, la gran mayoría de las referencias localizadas se refieren a los siglos XVII, XVIII y XIX, si bien hay algunas anteriores –las más antiguas se remontan a 1566 y aparecen en Baños y Villanueva de Arriba– y otras que se adentran ya en el siglo XX –siendo las últimas las de Tarilonte de 1963 y Las Heras de 1964–.

Tras este trabajo de revisión, presentamos a continuación la información encontrada sobre los pendones de cada uno de los veinticuatro pueblos que formaron la delimitación geográfica de *Los 24 de La Peña*. La cronología abarca desde los primeros libros conservados —ninguno anterior a 1528— hasta su desaparición. Los resultados varían mucho entre unas localidades y otras, y en algún caso, como en Aviñante de la Peña, no ha aparecido ninguna referencia; en otros, como en Cornón, únicamente se referencian estandartes y no pendones.

Baños de la Peña

El primer libro de cuentas de fábrica conservado en este pueblo abarca los años 1549 a 1588. En él aparece un inventario de 1566[2] en el que ya se menciona un pendón de *telilla morisca* utilizado en las procesiones.

El siguiente libro de fábrica, que recoge los años 1707 a 1819, contiene numerosas referencias a estas enseñas. La primera aparece en 1709[3], cuando se describe un estandarte de damasco carmesí con su cruz de madera y su vara.

A lo largo del siglo XVIII continúan registrándose gastos relacionados con el estandarte. En 1717[4] se pagan 43 reales y medio por una cruz nueva de bronce y la *flocadura* del estandarte. Al año siguiente, 1718[5], se anotan 64 reales por las franjas y por cuatro tercias de tafetán verde y negro para confeccionar dos piezas de tafetán, además de una onza de seda. Ese mismo año se pagan también 9 reales por la mano de obra del maestro encargado de los trabajos.

En 1723[6], un inventario de los bienes de la iglesia menciona la existencia de un estandarte de damasco encarnado, adornado con bandas de gró y rematado con una cruz de estaño. A lo largo de los años siguientes se registran varios gastos destinados a su mantenimiento. En 1727[7] se emplean 165 reales para su compostura y, en 1750[8], se anotan 4 reales para reparar la cruz.

La segunda mitad del siglo XVIII ofrece datos muy detallados. En 1756[9] se pagan 712 reales y 3 maravedíes por la tela necesaria para elaborar o renovar el estandarte, incluyendo el enrejado, la seda, el mitán, la cruz, el fleco y el asta. En 1757[10] se consignan 31 reales para la hechura, y en 1758[11] se añaden 6 reales para fabricar tres ganchos.

Ya en el siglo XIX continúan las referencias. En 1827[12] se pagan 54 reales para la compostura del pendón y otros ornamentos, en 1833[13] se compran cordones por 106 reales y en 1837[14] se vuelve a invertir en cordones, esta vez por

(2) ADP. *Libro de Cuentas de Fábrica de la iglesia de San Caprasio de Baños de la Peña*. Años 1549-1588. f.58
(3) ADP. *Libro de Cuentas de Fábrica de la iglesia de San Caprasio de Baños de la Peña.* Años 1707-1819. f.4
(4) *Ibid*. f.27
(5) *Ibid*. f.35
(6) *Ibid*. f.51
(7) *Ibid*. f.61
(8) *Ibid*. f.118
(9) *Ibid*. f.132
(10) *Ibid*. f.134
(11) *Ibid*. f.135
(12) ADP. *Libro de Cuentas de Fábrica de la iglesia de San Caprasio de Baños de la Peña*. Años 1819-1850. f.10
(13) *Ibid*. f.17
(14) *Ibid*. f.22

Ya en la Montaña Palentina, las sociedades mineras fueron las que más destacaron en el movimiento de mercancías, aportando una actividad especialmente significativa en varias estaciones. En Salinas de Pisuerga se cargaron los carbones de las explotaciones de San Cebrián de Mudá; en Cervera los de Felipe Villanueva y los de algunas minas de La Pernía; en Castrejón los de *Antracitas de San Claudio*; en Villaverde los de *Minas de Castilla la Vieja y Jaén*, Felipe Villanueva y más tarde los de *Estrella Verde*; en Santibáñez los de la *Minero Cántabro Bilbaína* y en Guardo los de diversas empresas, principalmente los de *San Luis*, *Antracitas de Velilla*, *Antracitas de Valdehaya* o *Carbones San Isidro y María*(12). En esta última población tuvo además gran relevancia la producción de la factoría de *Explosivos Río Tinto*, abierta en 1943 y que comenzó fabricando carburo y acetileno, continuando después con algunos alcoholes, acetatos y plásticos, hasta su postrera etapa de decadencia, iniciada en 1985. Guardo, a su vez, es el lugar de origen de un ramal que llegaba hasta la central térmica de Velilla, abierta en 1964 y que registró un importante tráfico carbonero.

Ya en León, hubo también minas en La Espina, donde hay un cargadero en la propia estación y otro del grupo minero *Sestil* con una vía de apartado en la salida lado Bilbao. La localidad de Puente Almuhey, por su parte, contaba con importantes minas en la cuenca del río Tuéjar y con industria para la fabricación de tejas y ladrillos. A continuación, Prado de La Guzpeña disponía de un cargadero al ferrocarril perteneciente a *Hulleras de Prado*, lo mismo que Cerezal con la mina de *La Basconia*. En Cistierna estaban radicadas las minas y los lavaderos de *Hulleras de Sabero*; en La Ercina, las minas y los cargaderos de Esteban Corral en Oceja; en La Losilla había un cable aéreo procedente de la mina de Veneros; en Boñar poseían industria azucarera y de cerámica, además de una vega con gran cantidad de cultivos; en Aviados hubo explotación minera cercana a la Peña Polvoreda, también llamada Galicia; en Matallana de Torío estaban radicadas las minas de la *Vasco Leonesa* y, finalmente, en La Robla había más minas y cargaderos de la *Vasco Leonesa*, además de la industria de cementos y la térmica.

ESTACIONES Y APEADEROS EN LA MONTAÑA PALENTINA

De las 47 estaciones y apeaderos que tiene este ferrocarril, ocho se encuentran en la provincia de Palencia. Pasamos a realizar una breve descripción de cada una de las estaciones, comenzando en este caso por el kilometraje más próximo a León.

(12) Una información más detallada en NARGANES QUIJANO, Faustino, *Mineros y minas. Historia del carbón de antracita en la Montaña Palentina*, Palencia: Aruz Ediciones, 2010.

Estación de Guardo (PK 97,554 - 1.094 metros de altura)

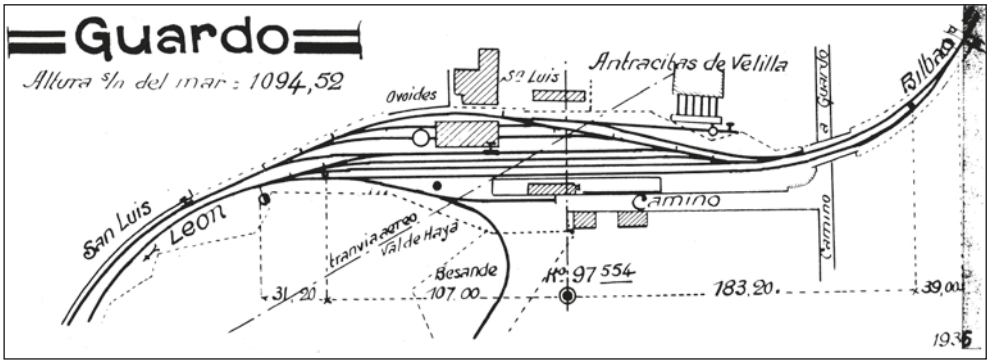
Guardo cuenta con un edificio de estación de segunda clase, que en su origen era de una sola planta y al que después, hacia 1907, se le añadió una altura superior. Disponía de placa giratoria y unas cocheras en sus inicios, aunque su verdadera importancia venía dada por el transporte de carbón, ya que en sus inmediaciones se hallaban los lavaderos de varias compañías mineras, como *San Luis*, *Antracitas de Velilla* o *Carbones San Isidro y María*. También había un apartadero de la fábrica de *Unión Explosivos Río Tinto* que trataré más adelante.

San Luis fue una empresa minera creada en Bilbao a finales de 1907 que en su primera etapa transfirió sus acciones a la compañía del ferrocarril de La Robla, pasando a ocupar su Consejo once de las dieciocho personas que integraban el de la sociedad ferroviaria. Según detalla Narganes Quijano, *«Los responsables del ferrocarril de La Robla decidieron adquirir diversas empresas mineras en esta época, como Hulleras de Sabero y San Luis, con el objetivo de incrementar la producción y el consiguiente transporte de carbón»*[13]. En todo caso, la gestión de la minera guardense por parte de la compañía ferroviaria se prolongaría únicamente hasta 1916. Disponía de un lavadero junto a la estación y de dos apar-

(13) *Ibídem*, p. 108.

Imagen de la estación de Guardo en los años setenta, en la que queda patente el gran movimiento de carbón que en aquellos años generaban las empresas mineras de la comarca. Al fonde puede observarse el complejo industrial de ERT (Foto Archivo Vicente de los Ríos).





Plantilla de la disposición de las vías de la estación de Guardo en 1930 (Archivo Javier Fernández López). Todos los planos de las estaciones reproducidos en las siguientes páginas corresponden al mismo año y tienen la misma procedencia.

taderos para cargar carbón, uno en la zona San Roque, con capacidad para 14 vagones, y otro al salir de la estación, para 40 vagones. Además, *San Luis* tuvo en funcionamiento en diversas etapas tres pequeños ferrocarriles mineros que permitían transportar el carbón de sus explotaciones de Valdelera, Corcos y Valdecastro. Este último cruzaba el río Carrión por un puente cuyo recuerdo son las pilastras de sillería que todavía hoy pueden contemplarse.

Antracitas de Velilla, por su parte, disponía desde 1928 de un cable aéreo con una longitud de 5,5 kilómetros que permitía trasladar el carbón desde sus explotaciones en el término de Velilla del Río Carrión hasta el lavadero que la empresa poseía junto a la estación de Guardo, donde contaba con un cargadero propio con capacidad para 30 vagones.

Antracitas de Valdehaya también traía el carbón desde Velilla para alimentar un lavadero emplazado en terrenos aledaños a la estación guardense, con un cargadero en el tramo de vía que entraba al cargadero de *Antracitas de Besande*. En sus comienzos, las instalaciones de carga al ferrocarril tenían una modesta capacidad para cuatro vagones.

Finalmente, *Antracitas de Besande*, con grupos mineros próximos a esta población y a Velilla, también entregó su carbón hasta 1980 a través de un cargadero situado junto a la estación. Lo mismo que *Carbones San Isidro y María*, que contaba con cargaderos junto a las instalaciones ferroviarias.

Además, la estación estaba dotada con una cochera y taller auxiliar para reparación de locomotoras, un taller que quiso ser cerrado con la reforma prevista en julio de 1904, a lo que se opuso el jefe de Material y Tracción con un informe favorable a la permanencia de la instalación, que al final siguió operativa. Unos

años antes, en 1897, el cierre perimetral de la estación ocasionó numerosos incidentes y protestas, en el transcurso de las cuales se llegaron a quemar traviesas y hubo de intervenir la Guardia Civil.

Apeadero de Guardo (PK 98)

Apeadero construido en 2003 para dar servicio de cercanías y situado en zona urbana, cerca del paso a nivel sobre la carretera a Saldaña y Palencia. Dispone de un andén de 60 metros de longitud y una marquesina acristalada como abrigo.

Estación de Santibáñez de la Peña (PK 107,298 - 1.094 m)

Esta estación, proyectada en un principio en el núcleo original de Santibáñez, fue finalmente realizada a medio kilómetro de esta localidad en dirección a Guardo, lo que supuso el origen de lo que pasó a ser conocido como barrio de La Estación. La parada ferroviaria propició el crecimiento de la población y el asentamiento de numerosos negocios, ya que allí se situaron tiendas de cerá-



Imagen de la estación de Santibáñez de la Peña hacia 1980, en la que destaca al fondo a la derecha el cargadero de la empresa minera Cántabro Bilbaína (Foto Archivo Vicente de los Ríos).

Apartadero de Aviñante (PK 112,960)

Después de pasar el alto de Aviñante se encuentra este apartadero, construido para cargar las antracitas de *Minas de Castilla la Vieja y Jaén*. Poco queda de él, con un muro en parte en piedra y en parte de ladrillo donde hubo una caseta de maniobra. No sé exactamente cuántos vagones podrían caber, pero fácilmente serían ocho. Luis Manuel Mediavilla indica que hacia 1920 debió funcionar también como apeadero, dando servicio al cercano poblado minero conocido como *Los cuarteles*, del que ya no queda nada. Su cierre como apartadero debió producirse en 1955.

Apartadero de Peruscales (PK 113)

Poco después del anterior se sitúa este otro, a poca distancia de la estación de Villaverde. Daba servicio a las minas de Villaverde y más tarde al coto minero Peruscales, que ha sufrido varios cierres y reaperturas. Este apartadero conserva todavía el mástil metálico de su protección. Contaba con una vía para un máximo de ocho vagones y una única salida a vía general.



Instalaciones del grupo minero Peruscales hacia 1980. En la imagen se aprecian varios vagones abandonados en la vía de apartado (Foto Archivo Vicente de los Ríos).

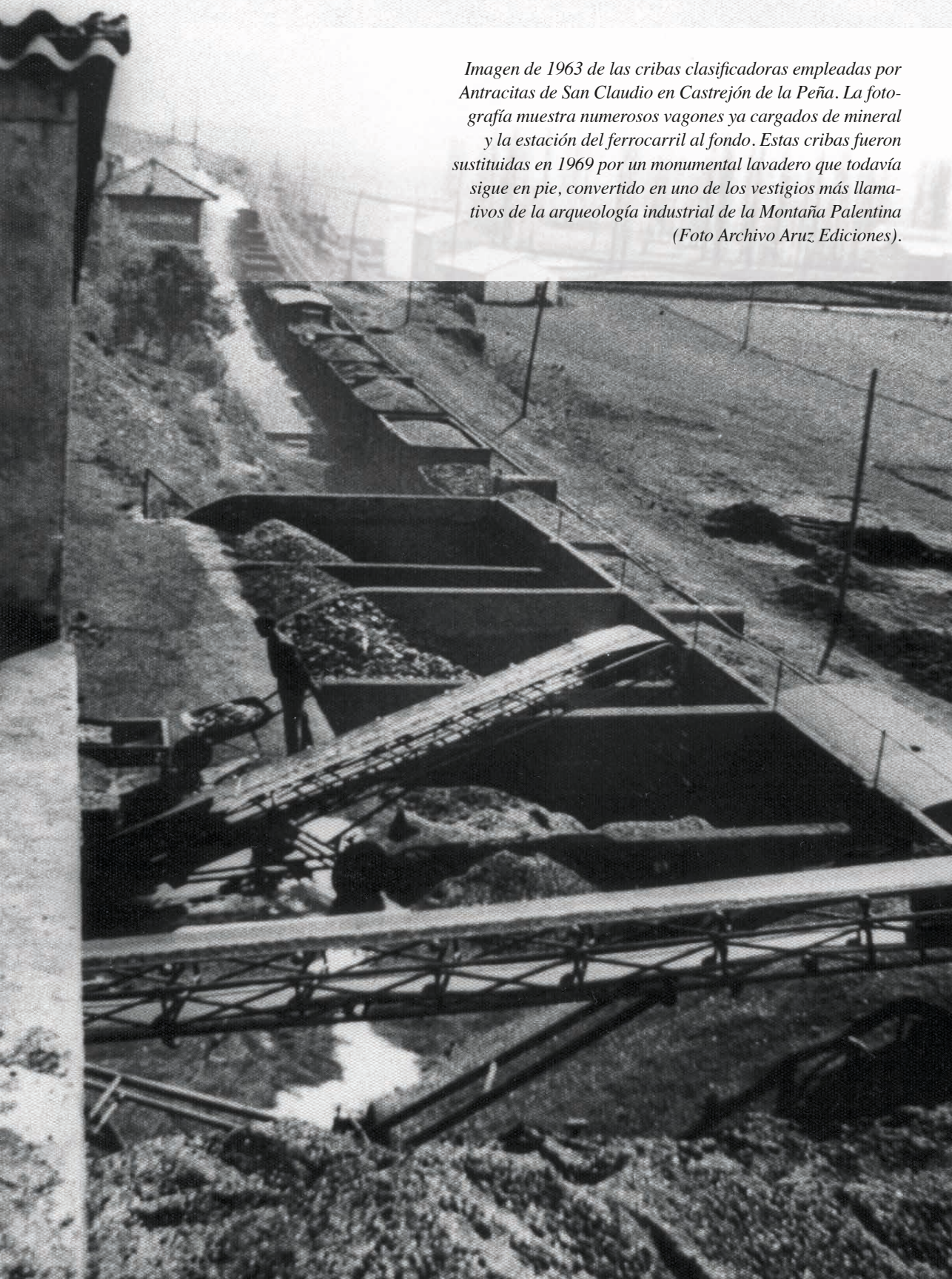


Imagen de 1963 de las cribas clasificadoras empleadas por Antracitas de San Claudio en Castrejón de la Peña. La fotografía muestra numerosos vagones ya cargados de mineral y la estación del ferrocarril al fondo. Estas cribas fueron sustituidas en 1969 por un monumental lavadero que todavía sigue en pie, convertido en uno de los vestigios más llamativos de la arqueología industrial de la Montaña Palentina (Foto Archivo Aruz Ediciones).

Apartadero de Castrejón de la Peña (PK 120)

El enorme lavadero y cargadero que todavía se alza junto al lugar donde estuvo la estación del tren fue construido en 1969. Se trataba de un cargadero con una estructura moderna que permitía cargar una composición grande de vagones, además de contar con vía propia. Esta vistosa construcción sustituyó a las tolvas sobre muro para la carga de vagones que había en el mismo lugar. Aunque no puedo precisar la fecha exacta, el cargadero al ferrocarril dejó de utilizarse alrededor de 1980.

CIRCULACIÓN DE TRENES

Desde un primer momento, la circulación de los trenes estuvo acompañada por el tendido telefónico, aunque en el proyecto inicial estaba prevista la utilización del método de bastón piloto; el teléfono es mucho más útil, pues comunica la salida o llegada de los trenes y avisa de cualquier contratiempo y de retrasos. Estos teléfonos sirvieron para comunicar ciertos acontecimientos importantes entre los pueblos, contando para ello con el permiso de los jefes de estación. Los mensajes eran distribuidos mediante telefonemas, que consistían en textos transcritos tras una comunicación telefónica, con un sistema muy parecido al del telégrafo[19].

Estos aparatos, muchos construidos en cajas de madera con la manivela de magneto, timbres, bobinas, filtros y separadores, funcionaban con una llamada que, siguiendo la simbología morse, era en realidad un código de puntos y rayas identificativo para cada estación. Más tarde los aparatos se fabricaron en baquelita, y son los que se han conocido en la línea.

El sistema telefónico contaba con diferentes líneas de comunicación repartidas en los postes. De manera general había tres líneas: una correspondiente al llamado teléfono escalonado entre estaciones, otra directa entre estaciones importantes y finalmente el telégrafo del Gobierno[20]. En las estaciones que disponían de barreras servidas por un operario, se pasaba otro hilo para comunicar este puesto con las estaciones colaterales[21]. En el siguiente cuadro aparecen los códigos para las llamadas de las estaciones en la provincia de Palencia:

(19) La instalación de los mismos fue autorizada por R.O. del 7 de abril de 1891 y en mayo de ese mismo año se adjudicó a la empresa formada por el ingeniero alemán Jorge Alhemeyer, asociado a Federico Echevarría, de Bilbao, la instalación completa del teléfono y del telégrafo para el Gobierno entre La Robla y Boñar por 76.410 pesetas. Los gastos totales de la instalación telefónica ascendieron a 81.727,24 pesetas y los del telégrafo a 73.871,73 pesetas.

(20) Al aprobarse el tendido telefónico del ferrocarril, el Estado exigía a la empresa concesionaria el establecimiento de dos hilos para uso público.

(21) Nota del autor. La referencia a la línea es a los pares de hilo; luego, cuatro líneas son ocho aisladores.

Guardo	__ __
Santibáñez de la Peña	. __ . .
Villaverde-Tarilonte	__ . .
Castrejón de la Peña	__ __ .
Vado-Cervera	__ __ __
Salinas de Pisuerga	. __
Cillamayor	. __ __
Cordovilla	__ . . .

Las circulaciones de los trenes estaban organizadas por números en ascendentes y descendentes. Los trenes regulares, como correos y mixtos, tenían una numeración par –o descendente– en dirección a León, e impar –o ascendente–en dirección a Bilbao. En las centenas se situaban los trenes de viajeros, entre ellos los conocidos y casi míticos trenes correo que, cruzando en Mataporquera, reco-

Una máquina de vapor arrastra una amplia formación compuesta por siete coches, en una imagen tomada desde La Penilla, en Castrejón de la Peña, en los años cincuenta del siglo pasado (Foto Archivo Aruz Ediciones).



rrían toda la línea. Los había de cercanías, de León a Matallana y Cistierna, de La Robla a Matallana, para empalmar con el tren correo, de Cistierna a Mataporquera, y a Bilbao, al que se añadía otro tren desde Luchana a Irauregui, para empalmar también con el correo. De todos ellos, los últimos fueron las circulaciones de León a Matallana, Cistierna y Guardo, por esa parte, y de Bilbao a Espinosa de Los Monteros, en la parte vizcaína.

Como he comentado, había trenes mixtos que, llevando viajeros, también realizaban el transporte de vagones, composiciones cargadas o vacías que eran llenadas después en los apartaderos del recorrido. Otras circulaciones sin número se efectuaban para maniobrar vagones de los apartaderos y cargaderos de estaciones y plena vía, realizándose en régimen de «sin marcha determinada» o servicios en lanzadera, como cuando se ejecutaban las maniobras de los cargaderos en las proximidades de Guardo. Los trenes de mercancías numerados como trenes regulares en el libro itinerario y recorriendo la línea no eran más de cuatro diarios, pero a ellos se sumaban esas otras composiciones no reguladas y las dobles tracciones, que constituían en la mayor parte de las ocasiones el quebradero de llevarlas hasta un punto kilométrico determinado, bien en cola o en cabeza, para ayudar en las circulaciones que así lo requerían y para que no fuera preciso desprenderse de vagones en las rampas y repechos más pronunciados que jalonaban el trazado.

Por otro lado, en las épocas de fuerte temporal de nieve se hacían circular dos máquinas en vista contraria con cuñas rompedoras; una de las máquinas empujaba la cuña hasta que debía detenerse por la acumulación de nieve, momento en que entraba en acción la otra máquina para arrastrar unos metros a la primera y a la cuña en sentido contrario. Entonces, una cuadrilla de obreros con picos y palas vaciaban las trincheras donde se había acumulado la nieve, que llegaba a hacerse hielo, para despejar la vía y poder repetir la misma operación en la siguiente acumulación de nieve. Estas cuñas eran vagones lastrados y fueron construidas en 1915 en los propios talleres de la compañía. Luis Manuel Mediavilla recoge el testimonio de Máximo Díez, uno de los trabajadores de Vías y Obras que tuvo que afrontar algunas de aquellas duras nevadas:

«Lo que más temíamos eran los descarrilamientos y las nevadas, sobre todo estas. Salíamos de Cistierna a las siete de la mañana, sin saber cuándo íbamos a regresar, pues si se complicaban las cosas teníamos que hacer noche fuera… en Cantoral, Castrejón o en Cervera, alojándonos donde podíamos: casas particulares, cantinas o en un pajar, como nos sucedió un año en Cantoral, tapándonos con aquellos capotones que nos facilitaba la empresa. Lo normal era que el quitanieves despejara la vía, pero cuando llegaba a las trincheras, casi siempre



Dos locomotoras americanas arrastran un zepelín para quitar la nieve acumulada en la zona de La Peña (Foto Archivo Aruz Ediciones).







Tres de los coches empleados para el transporte de viajeros por el ferrocarril de La Robla. Arriba, coche de primera clase A101 en León en 1978 (Foto Javier Aranguren); en el centro, coche de tercera clase C26 en Mataporquera (Foto Carmelo Rojo); y abajo, coche adquirido de Secundarios de Castilla y reformado, en Valmaseda (Foto Carmelo Rojo).



Vagón cerrado con garita en la estación de Cistierna en junio de 2016 (Foto Carmelo Zaita).

vagones, la cifra más alta que alcanzó la compañía. En esa relación no estaban incluidos los vagones jaula para el transporte de ganado, que más adelante fueron reconvertidos, ni las tolvas para llevar el balasto de las vías, ni el vagón báscula empleado para calibrar con sus pesas la exactitud de las medidas de las básculas para la carga de vagones en las estaciones y algunos apartaderos.

También habría que añadir las cuatro cuñas que servían para separar la nieve y echarla fuera de la vía y un vagón calefactor, construido en 1964, con la llegada de las máquinas GECO. Por último, en los años 60 se construyeron unas plataformas donde se montaron unas cisternas especiales para cementos, probablemente para la construcción de algún embalse ya que, unos años antes, el de Compuerto utilizó la estación de Guardo para el mismo fin. Este servicio cerró, aunque desconozco el momento y los rendimientos que ofreció.

Ya en tiempos de FEVE, se modificaron en los propios talleres de Valmaseda un centenar de vagones grandes abiertos para el transporte de carbón. Estos han durado hasta la compra de las modernas tolvas que se encuentran apartadas en las vías y en desuso. Para hacernos una idea más precisa, en 1964, con la apertura de la central térmica de Velilla, se llegaron a transportar 1.125 vagones de carbón solo en el mes de marzo[24].

(24) Datos extraídos del libro *El ferrocarril hullero de La Robla a Valmaseda. 1890-1972*. Tesis doctoral de Pedro Fernández Diez Sarabia publicado en 2003 por la Junta de Castilla y León.

TRANSPORTE DE MERCANCÍAS Y ESTRAPERLO

Aunque el movimiento principal de la línea fue el del carbón, otras mercancías también alcanzaron un volumen importante. Estas se agrupaban en dos modalidades: Mercancías en Baja Velocidad, que normalmente iban en vagones, y Mercancías en Alta Velocidad, que eran trasladadas en furgones y acompañaban al tren correo. A esta última categoría pertenecían las mantequillas y el pan de Espinosa de los Monteros, o las películas que enviaban las distribuidoras de Bilbao y se proyectaban en los cines de Cervera, Guardo, Velilla, Cistierna y Boñar, por citar algunos ejemplos que he conocido. También huevos, hortalizas y cereal que remitían de los pueblos de León, Palencia y Burgos hacia Bilbao, amén del pescado que iba de los puertos vizcaínos hacia las provincias de interior. Con este mercadeo se abrieron muchos negocios en las localidades de la Montaña y surgieron industrias como las cerámicas, tanto de tejas como de lozas. En fin, cantidad de productos cuyo comercio fue posible gracias al tren.

Eso sin olvidar el tráfico por vagón completo, en el que el carbón fue predominante, pero que también fue empleado para otros productos y minerales, como las arenas de Arija, Santibáñez y Velilla de Tarilonte, o incluso el arsénico que, según

El carbón fue el principal producto transportado por el ferrocarril de La Robla. En la imagen, un tren cargado de carbón en dirección a Bilbao atraviesa la zona de La Peña a mediados del siglo pasado (Foto Archivo de Aruz Ediciones).



cita Luis Manuel Mediavilla, fue transportado desde la estación de Villaverde-Tarilonte, aunque de forma muy breve, procedente del remoto paraje de Peña Negra(25).

La cara oscura de este tránsito fue el estraperlo, comercio al margen de las normativas que supuso una manera de abastecerse de productos de primera necesidad y un negocio importante en la época de escasez de la Posguerra. Para sortear la vigilancia de la Guardia Civil, que viajaba en los convoyes, se buscaron curiosas estratagemas. Dos personas que lo vivieron me hablaron del transporte de productos prohibidos en las locomotoras, escondidos en sus entrañas para sortear la vigilancia. Para ello, los maquinistas aprovechaban los huecos existentes entre ténder y caldera, en las zonas ocultas del engrase de acodamientos y mecanismos, donde llegaron a introducir pellejos de vino y aceite. Este, en ocasiones, se derramaba por estropearse el tapón y, al quemarse junto con el agua, despedía un buen tufo y humo bien visible, lo que alertaba a la escolta que estaba de servicio.

En el interior del tren eran sobre todo mujeres las que se afanaban en subir bultos con las mercancías prohibidas, que a veces portaban también ocultas entre su propia vestimenta. Era frecuente que los productos que llevaban consigo los arrojaran por la ventana poco antes de llegar a la estación de destino, siendo las mercancías recogidas por otras personas que ya habían sido previamente avisadas para esconder aquellos codiciados productos del mercado clandestino. Luis Manuel Mediavilla, en su obra sobre el ferrocarril de La Robla, ofrece algún detalle más sobre este tema:

«Estas mujeres, de mediana edad, fuertes y decididas, venían desde Bilbao y a Bilbao regresaban cargadas de mercancía –hubo algún caso de nativas de la zona–. Como queda dicho, practicaban un mercadeo irregular –ilegal– y, como tal, sometido a las incertidumbres de inspecciones, requisas y sanciones. La estación de Santibáñez fue uno de los puntos calientes, pues los numerosos pueblos del entorno y del valle de La Valdavia ofrecían buenas posibilidades para la recolección de legumbres, harina de trigo y carnes curadas, principalmente»(26)

Sin duda, las peripecias vividas en tiempos del estraperlo darían para un relato mucho más extenso y detallado; hoy son hechos que nos producen curiosidad

(25) *«…hasta hubo una industria –un horno–, en sus inmediaciones, para el tratamiento del mineral de arsénico, que llegaba en carros, allá por los años 40, desde la lejana Peña Negra, para luego ser remitido por el ferrocarril, en pequeños barriles, incluso hasta Alemania, según me informaron Esperanza Rodríguez y Bonifacio Merino»*, en MEDIAVILLA DE LA GALA, Luis Manuel, «El ferrocarril de La Robla…», *op.cit*., p. 10.
(26) *Ibídem*, p. 26.



Imagen del antiguo mesón de Salinas de Pisuerga, lugar en el que nació Ángel Revilla en 1928.

«Estaba contento y, en una notable mejoría de su estado de ánimo, hasta hacía chistes por teléfono». El 1 de julio, en el mismo periódico, a través de una nota de duelo, la Academia Panameña de la Lengua lamentaba profundamente la muerte del profesor, daba las condolencias a toda su familia y a la vez reconocía su gran labor: «*dedicó gran parte de su superior pensar y hacer una altísima docencia y creación con la palabra, desde la Vida, el Habla, el Lenguaje y la Lengua*» (D. José Guillermo Ros-Zanet, director de la Academia Panameña de la Lengua).

No es habitual que un escritor presente su vida de forma tan detallada, tan entrañable y sin remilgos como lo hace Ángel Revilla Argüeso. Por ello, expresamos nuestra admiración y reconocimiento. Allá donde esté, profesor, le enviamos nuestro agradecimiento por permitirnos disfrutar tanto con la lectura de este libro.

EL RÍO QUE NO SE FUE: SALINAS DE PISUERGA EN LA OBRA DE ÁNGEL REVILLA ARGÜESO

Gran parte de sus publicaciones se realizaron a través de la editorial Peñacutral, fundada en Panamá por el propio autor. Ese nombre, *Peñacutral*, no es un nombre cualquiera. Se trata de una peña, cercana a Salinas, bajo la cual, tras un meandro, se cobijaba un importante molino al que acudían con sus carros los agricultores a moler su trigo, además de proporcionar energía eléctrica a muchos pueblos de la zona. Ese lugar era propiedad de un familiar suyo y con toda se-

guridad allí estuvo en múltiples ocasiones nuestro protagonista, disfrutando del cauce del Pisuerga, antes de que lo cubriera el embalse de Aguilar.

LOS RÍOS

Es una recopilación de pequeñas narraciones escritas durante 1998 y 1999 en forma de cuadernillo y publicadas posteriormente, en 2003, bajo la denominación de *Los Ríos*: *Río Arriba, Río Hondo, Río Abajo, Río Pisuerga, Río Quintanahernando, Río Peñacutral, Río Chagres y Río Sasardí*. Los seis primeros se sitúan en el entorno de Salinas y los dos últimos se refieren a lugares panameños. Todos ellos son lugares simbólicos, pero reales, llenos de emoción y recuerdos, por los que la vida de Ángel ha transcurrido como un río. Extraemos algunas descripciones y detalles curiosos de estos cuadernillos en los que aparece reflejada la vida en su querido pueblo natal.

Río Arriba

Inicia esta primera narración como si fuera continuación de otro texto en el que ya ha detallado lo que es su pueblo, pero no, es un abrir las puertas de Salinas de par en par. No se le escapa detalle hablando de Salinas. Delimita su espacio en un *valle estrangulado* y detalla desde el *tren impertinente* hasta los sonidos más sutiles, como el silbido del pastor o el canto del río. Realza con profundo sentimiento el valor del trabajo: *«...Es un pueblo de conquista: el arado, la caza, la pesca, la mina y el simple hecho de caminar sobre su tierra son maneras variadas de conquistarlo»*. No obstante, le impregna la tristeza, lucha contra ella: *«Hoy, en el recuerdo, sonrío a la tristeza de este pueblo apagado»*. Es también tristeza, ganas de llorar en soledad por tener que regresar a América, por dejar a su madre, a su perro *Cuqui*, ya viejo, del que se despide, haciéndole depositario de todo lo más querido: *«Adiós Cuqui, me voy de nuevo. Tú te quedas con mamá y abue y la Inma y la huerta y los portales y la carretera y el tren y los chopos y la cuadra y el pajar…»*.

Tras esta introducción con olor a despedida, se adentra en el anecdotario de Salinas a través de pequeños episodios, conjugando personajes y lugares, situaciones en parte reales, en parte piezas del imaginario colectivo, pero que son el sendero por el que transita nuestro ilustre escritor para pintar con delicados trazos la idiosincrasia de su querido pueblo. Aquí va una de estas anécdotas: *«Los lobos, al pasar la canaliza, acosaban a los mineros. Y siempre era por el calero; o por la peña de Mudá. A veces, cuando la nieve arreciaba, se atrevían a bajar al pueblo,*

por las eras. Rompían la pequeña ventana y chupaban la sangre a las ovejas. Al principio decían que eran las garduñas o el hurón; hasta que vieron las huellas. Se lo había dicho Charcán, el pastor, pero no le creían. Fue Severino, carabina en mano, el que mató uno dentro de la corte. Eran osados, atrevidos y valientes como aquel invierno del 40: al ir Remigio a la mina de San Cebrián, con nieve de un metro, le siguieron dos. Dicen que si pegaban rabonazos; dicen que con los dientes; dicen que se les inflamaban los ojos y echaban chispas; dicen que no eran dos, sino una manada de seis… Los restos de Remigio los encontraron a los tres días, lejos del camino, cerca de la ermita de Monasterio». En definitiva, un recorrido ameno y ágil por el paisaje y el paisanaje de épocas pasadas, huellas en la memoria con toques de humor, sensualidad, cariño y autorreflexión.

Río Hondo

La puerta de entrada en esta narración es el crudo invierno: *«Los ángeles vuelcan hoy cubos y cubos de blanco. El alargado cielo, con mano fraternal, tira copos a largos dedos. Pueblo para mis huesos, nieve de nieve para todos los vecinos que van mirando con los ojos bajos»*. El hilo conductor, el confidente, el alivio, su perro *Cuqui*: *«…la voz de Cuqui resuena en los portales, choca en el molino y persigue callejuelas. Yo te creo, Río Hondo, que alargas tus cortos brazos en este perro donde sudo vida...»*.

Nos preguntamos a qué lugar hace referencia cuando habla de Río Hondo, ya que el resto de sus ríos están bien localizados: monte Arriba, monte Abajo, ermita de Quintanahernando, molino de Peñacutral y el propio río Pisuerga. Parece que lo tenemos localizado, es el propio pueblo, al cual nos acerca desde Cervera: *«Camino de Río Hondo, Ligüérzana deja ver su aburrimiento en las eras, las parvas podridas y los chopos híspidos; Quintanaluengos un poco más agitado con eso de la central, el canalito y el puente coquetón; Rueda, partido en dos, se queja del carbón que arrastra el río; después la caseta del caminero –faro, hito–, en espera de que alguien la dirija un saludo»*. Es una tarde heladora de pleno invierno: *«El termómetro bajó a -12º. Se hielan hasta los mocos...»*.

Pero Río Hondo es algo más que un lugar situado en un valle, es lo más hondo de la persona que lo escribe, son sus vivencias, sus sentimientos y más. El autor se muestra tal como es, tal como siente, se despoja de todo y lo comparte. A través de microrrelatos numerados va saltando como *«saltacapas en la pradera»* de un lugar a otro, de unos personajes, de unos tiempos a otros. Tan pronto nos habla de las inundaciones en el pueblo, de las actitudes y trabajos de personas que vivieron aquella situación en los días posteriores de Navidad, como de sus

conversaciones con su perro *Cuqui*, al que le cuenta vivencias íntimas de su estancia en La Paz (Bolivia). Luego, regresa de nuevo a su familia, su abuela y su juguete predilecto de niño, *«...un camión verde con faros que se encendían. Era el único juguete en el pueblo. Los demás eran trenes hechos de latas de sardinas con vagones y un bote de melocotones como caldera de la máquina y con ruedas de madera que hacían los del taller del señor Donato»*.

Un nuevo salto y se va al internado a Griñón. Unas pinceladas de la zona y regreso a casa diez años después. Nadie supo decirle qué hizo su querida abuela María con aquel camión. Como cualquier niño de aquella época, vivió y sufrió la Guerra Civil y la posguerra. Las huellas de este periodo están bien presentes en sus escritos. El último apartado, algo más extenso, le sirve para entretejer con hilo de lana fina el traje, su traje interior, multicolor y atemporal, de lugares, vivencias, sentimientos y relaciones en América y en Salinas. Aunque los hilvanes parecen sueltos, forman un todo coherente.

Río Abajo

No es un río, sino un monte, el monte Abajo. Es el que delimita su Río Hondo, mientras acaricia la ribera del Pisuerga entre Quintanahernando y Peñacutral: *«Río Hondo: todas las ventanas miran hacia el sur de la esperanza, no envejecen nunca los salmos que ya vienen detrás de doloridos bastidores. Río Hondo: mi niñez no es la pasada, sino todo el vigor de la cosecha que se acerca; todo sol y toda nieve se centran en esta luz que me escuece y endulza. Río Hondo: allano tu tierra, y la remiendo de simientes actuales y futuras (así el alma se acostumbra al pan reciente)»*. Desde la profundidad de su sentir, desde su *Río Hondo*, el autor cree en un futuro más esperanzador, sin duda, más positivo.

Su querido *Cuqui* no podía faltar en la escena, su confidente, *su hermano: "Dime Cuqui qué es poesía, porque yo me la encuentro a cada paso, creciendo en un saludo al que no tiene importancia (contemplación, aire y soliloquio). Cuqui: préstame el eco de tu ladrido, ya que no tu alma azul, que es la que quiero. Dime tu arranque lírico para el sendero. Ládrame estos durísimos terrones para hacer mi corazón fontana»*. El autor sigue dibujando con pluma ágil aquel Río Hondo que llevaba en su interior: cuando una larga recta cruzaba el pueblo por la mitad y los camiones cargados de carbón pasaban a 80 kilómetros por hora, *«Los letreros "40 Kms" de las dos entradas, deben estar caídos o borrosos. Al menos para ellos»*. Siempre la ironía y el buen humor para aderezar.

No solo el invierno, también la primavera y el verano forman parte de este hermoso *Río*. No deja elemento de la naturaleza sin dibujar: *«En la primavera,*



Tino, a la derecha junto a su mujer Benita, junto a un grupo de amigos en un bar de Guardo a finales de los años cincuenta o comienzos de los sesenta.

ganado. Tino recuerda que la mayoría de las familias tenían dos o más vacas, además de ovejas y gallinas. Las vacas eran imprescindibles para trabajar las tierras, tirar de los aperos y participar en las labores de la trilla. El ritmo de la vida estaba entonces marcado por las estaciones, las cosechas y el cuidado de los animales.

Aquellos meses de verano permitían a los más jóvenes conocer formas de vida ancestrales y convivir con una generación acostumbrada a la autosuficiencia. Se cultivaba trigo y centeno, se realizaba la matanza y prácticamente todo lo necesario para vivir procedía del propio trabajo familiar.

En los momentos de ocio, los bolos seguían constituyendo una de las actividades más populares, Tino recuerda haber jugado allí más que en Guardo. Las partidas reunían a vecinos y familiares, especialmente los domingos, después de misa. Las bolas se fabricaban con raíces de brezo y los bolos con madera de olmo, fresno o abedul, materiales apropiados y abundantes en la montaña.

Emigrar para prosperar

En 1966 la familia se trasladó a Valladolid buscando mejores oportunidades. En Guardo la vida no era fácil para un matrimonio con cinco hijos y

con el estigma de un padre que había sido ejecutado durante la guerra. Un año antes, por fin, pudieron ocupar uno de los pisos de protección oficial de apenas 40 metros para una familia numerosa. En Valladolid Tino trabajó en la construcción y participó en obras importantes, entre ellas la edificación de la fábrica de Helios. Su capacidad de trabajo y su responsabilidad hicieron que asumiera puestos de confianza dentro de la empresa.

Con el paso de los años, incluso cuando ya residía en Valladolid, Tino siguió regresando a Cardaño. Con los ahorros de toda la familia, construyeron una casa. Desde allí realizó muchas excursiones por la Montaña Palentina, una afición que mantuvo hasta edades avanzadas. Recuerda con orgullo haber ascendido al Espigüete con ochenta años y haber recorrido en numerosas ocasiones el Pozo las Lomas y otras cumbres de la zona, como el pico Murcia, el Tres Provincias o el Curavacas. Aquellas montañas forman parte inseparable de su paisaje sentimental.

El paso del tiempo transformó profundamente Camporredondo de Alba. Muchas familias emigraron, los viejos oficios desaparecieron y el pueblo perdió buena parte de la población que conoció Tino durante su infancia. Sin embargo, la historia familiar ha terminado trazando un círculo completo. Una de sus nietas, Sara, ha decidido regresar al pueblo donde él pasó aquellos años decisivos de su niñez. Allí ha formado su hogar y se dedica a la ganadería, recuperando una actividad que durante generaciones dio forma a la vida de la Montaña Palentina. De algún modo, en ese regreso se prolonga el vínculo de la familia con la tierra de origen: el mismo pueblo que acogió a Tino tras la pérdida de su padre, que le enseñó el valor del trabajo y de la comunidad, y que sigue siendo, casi un siglo después, una referencia esencial en la memoria y en la historia de los suyos.



FRANCISCO ALCÁNTARA

Es periodista y ha trabajado en Radio Nacional de España durante casi cuatro décadas. Comprometido por dar voz a los colectivos que habitualmente no la tienen en los medios de comunicación masivos.

JUAN ROMÁN GRADO

(Salorino, Cáceres)

Los últimos trashumantes

Texto: **Eduardo Vielba** | Fotografías: **familia Román**

Durante gran parte del siglo XX y hasta mediados de los años 70, la trashumancia empleó a un importante número de vecinos de Salorino y Herreruela, dos pueblos cacereños emplazados en la comarca de la sierra de San Pedro. Cada verano, no eran pocos los pastores de estos municipios que llegaban a los puertos de la Montaña Palentina.

Ese fue el caso de Juan Román Grado (Salorino, 1958). Este *porretero*, gentilicio con el que popularmente se conocía a los habitantes de su municipio, contaba tan solo nueve años cuando llegó por primera vez, junto a sus padres y su hermana, al puerto de Ujapero, cerca de Salcedillo. Su padre, al igual que su tío Luis Román Carrasco y otros pastores de la zona, estaba empleado en una cabaña propiedad de Gregorio Prado y Eustasio Carrasco. Aquel año de 1967, tras pasar la noche en la finca, los pastores embarcaron en un tren con alrededor de 2.000 ovejas, algunas cabras y un puñado de yeguas, además de una burra y varios perros mastines y carea.

Tras una larga jornada, los pastores y los animales pusieron pie en la estación de Barruelo de Santullán. En paralelo, Juan, en compañía de su madre Vicenta y su hermana Luci, realizaban el trayecto en vehículo. En esos tiempos, recuerda Juan, era todavía frecuente que las mujeres y los niños formaran parte de aquellos largos desplazamientos trashumantes, que se prolongaban desde la ter-



Juan Román, de pie a la izquierda, llegó por primera vez con los rebaños trashumantes a la Montaña Palentina cuando tenía nueve años en compañía de su padre, su madre Vicenta y su hermana Luci.